

BOLETÍN

Nº38- Julio 2026

DE LOS AMIGOS DEL
**PADRE
CAFFAREL**



ASOCIACIÓN DE LOS AMIGOS DEL PADRE CAFFAREL
creada el 5 de julio de 2005 con el fin de promover la
causa de canonización del padre Henri Caffarel

49 rue de la glacière 75013 paris - France
association-amis@henri-caffarel.org
www.henri-caffarel.org

Índice

Editorial	3
Mercedes Gómez-Ferrer et Alberto Pérez	
Actualidad de Amigos del Padre Caffarel	
<i>Una nueva página web</i>	5
Estado de la causa de la canonización	6
<i>Venerable Henri Caffarel, la urgencia</i>	
Padre Paul-Dominique Marcovits, o.p. Vice postulador Romano	
Testimonio de las gracias recibidas	8
Francisco Herrera Morillas	
Archivos del Padre Caffarel	9
<i>Francisco, ¿Quién eres tú? ¿Qué tienes que decirnos?</i>	
Oración para la canonización del Padre Caffarel	24
Miembros de honor	25
Boletín de renovación de adhesión	27

*En la última página hay un boletín que permite
Renovar su adhesión para el año 2026,
si no lo han hecho todavía.*

*En el anverso del boletín pueden escribir el nombre de amigos a quienes desean que les
enviemos una invitación de adhesión.*



Editorial

Mercedes Gómez-Ferrer y Alberto Pérez, Matrimonio responsable del Equipo Responsable Internacional de los Equipos de Nuestra Señora

Querida familia de la asociación de los Amigos del Padre Caffarel,

Esta es nuestra primera comunicación tras haber recibido la noticia del reconocimiento del Padre Henri Caffarel como Venerable el 23 de marzo pasado. La prensa y los medios católicos y generalistas internacionales inmediatamente se hicieron eco y resaltaron la aportación del Padre Henri Caffarel al pensamiento de la Iglesia sobre el sacramento del matrimonio y la espiritualidad conyugal. Pero, ¿Qué significa para nosotros? Las personas a las que va dirigido este Boletín están ya convencidas de su trascendencia. Pero lo que os pedimos es que lo extendáis a todos aquellos para los que sigue siendo algo ajeno o que incluso les pueda producir un cierto rechazo. A nosotros nos ha llevado a reflexionar sobre la consideración del Padre Henri Caffarel como fundador de un movimiento, los Equipos de Nuestra Señora, que es lo que nos une a todos. El hecho de su retirada en vida, cuando lo habitual es que los fundadores permanezcan al frente de la dirección hasta el final de sus días, nos ha hecho pensar en muchos aspectos que nos pueden ayudar a comprenderlo.

En 1973 el padre Henri Caffarel reconocía que con 70 años de edad y 35 años en los Equipos, la mitad de su vida, debía dejar su dirección. Insistía en que renunciar a su tarea, no significaba abandonar al Movimiento que llevaba en el corazón y lo dejaba con serenidad, después de un tiempo de transición en el que los sucesores se habían preparado para tomar el relevo.¹ Lo dejaba con el firme propósito de continuar orando por él. Ayudándolo a la manera de Moisés que rezaba en la montaña, con los brazos extendidos hacia Dios. Creyendo en la importancia irremplazable de la oración.² Si los Equipos de Nuestra Señora

¹ Conferencia del Padre Caffarel a los responsables de Sector, 25 de marzo de 1973.

² Henri Caffarel, "A Dios", Editorial de la carta de los Equipos de Nuestra Señora, mayo-junio 1973.

habían sido algo más que una obra personal, si eran una obra del Espíritu Santo con un carisma concreto entregado a la Iglesia, perdurarían. Y aquí seguimos tratando de ser fieles a esa intuición fundacional que regaló este carisma a la Iglesia gracias a él y a los primeros matrimonios que se le acercaron deseosos de profundizar y vivir la gracia del sacramento del matrimonio.

Un carisma es un don de Dios que el Espíritu inspira en una persona o en un grupo de personas para responder a una necesidad que hace presente el Amor de Dios en un momento histórico determinado. Un don de Dios es algo que no puede ser manipulado. Un don, un regalo, debe ser recibido con gratitud, respetado, profundizado y compartido. Nuestro Movimiento recibió un carisma del Espíritu: proclamar que el amor conyugal es un camino hacia Dios en pareja, y que ese camino, con la gracia de Dios y recorrido junto a otros matrimonios, se verá facilitado mediante la ayuda mutua. Una gran prueba de la fecundidad de este carisma es el crecimiento y expansión de los Equipos en el mundo.

Apreciamos la confianza que tuvo el Padre Caffarel en el equipo que dejó al frente del movimiento. Apreciamos la sabiduría de que el relevo es necesario, de que hay que dar paso a otros para renovar, que nadie se perpetúa en las responsabilidades y que todos tras un cierto tiempo, volvemos a nuestro equipo de base y continuamos con nuestra vida de equipo, terminado nuestro servicio. Ese sentido de corresponsabilidad y colegialidad está en la base del funcionamiento de nuestro movimiento. Nos recordó la importancia de la oración, el que se retira de un servicio, no lo hace harto y cansado de haber estado dando parte de su vida a los demás, lo debe hacer con el compromiso de seguir orando por los que le sucederán, de seguir pidiendo que el Espíritu Santo ilumine su discernimiento y su servicio.

El Padre Caffarel no actuaba desde su fuerza personal, sino desde la conciencia de la Presencia de Dios y del Espíritu Santo que actuaba a través de él, convencido de que toda vida auténtica nace de la unión con Dios, por eso insiste una y otra vez en la fuerza de la oración. Por medio de la docilidad, la humildad y la disponibilidad el padre Caffarel recibió este don que supo transmitir a la Iglesia. Si consideramos al Padre Caffarel como profeta del matrimonio, es porque nos ha conducido a la comunión con Dios, nunca ha sido por su protagonismo personal.

El verdadero profeta devuelve los corazones al Padre. Queremos agradecerle la intuición fundacional, la autenticidad de su mensaje, la confianza puesta en todos nosotros, la oración permanente por todos, las enseñanzas que todas estas actitudes nos proporcionan para nuestra propia vida de equipo. Gracias por su continúa intercesión por los Equipos de Nuestra Señora.

Un fuerte abrazo, en comunión.

Mercedes Gómez-Ferrer y Alberto Pérez

Responsables Internacionales, Equipos de Nuestra Señora,

Valencia 18 de junio de 2026



Actualidad de Amigos del Padre Caffarel:

Una nueva página web

Se está ultimando una nueva versión de la página internet de la Asociación de Amigos del Padre Caffarel.

Disponible en cinco idiomas (francés, español, portugués, inglés e italiano), su objetivo es destacar la obra y los escritos del Padre Henri Caffarel.

Los escritos se han agrupado en torno a los setes ejes de su pensamiento: la oración, la Virgen María, el sacramento del matrimonio, la espiritualidad conyugal, la viudez, el sacerdote y el hogar, la misión de la pareja.

El sitio, a medida que se vaya finalizando, ofrecerá los textos digitalizados del Padre Henri Caffarel, en los cinco idiomas, así como algunos videos a través del canal de YouTube de los Amigos del Padre Caffarel.

En este momento en que, con el reconocimiento de las virtudes heroicas de Henri Caffarel y la obtención del título de venerable, se ha dado un paso decisivo, el sitio sigue siendo una herramienta al servicio de la causa de canonización y un enlace entre todos los actores de la causa y especialmente de los corresponsales de la asociación en todo el mundo.

Los Amigos del Padre Caffarel



Estado de la causa de canonización del padre Henri Caffarel

**Por el padre Paul-Dominique Marcovits, o.p.,
Vice postulador Romano**

Venerable Henri Caffarel, la urgencia

Todo comenzó en 2006, diez años después de su muerte, con la apertura de la causa de canonización por el arzobispo de París. Todos se pusieron manos a la obra: se inició la investigación diocesana, la recopilación de archivos y la escucha de numerosos testimonios sobre su vida. La comisión histórica compiló una biografía detallada, año por año, y la comisión teológica examinó sus numerosos escritos para verificar su fidelidad a la doctrina de la Iglesia. Todo esto dio como resultado cinco cajas que contenían el expediente de 5500 páginas, que fueron enviadas a Roma. El Dicasterio para las Causas de los Santos declaró que la investigación era conforme a las normas de la Iglesia. Esto ocurrió en 2015. La *Positio*, un texto de 900 páginas redactado a partir de la investigación diocesana, relata la vida del padre Caffarel, repleta de obras al servicio del Señor y de su Iglesia, así como de su heroica práctica de las virtudes. Fue presentado al Dicasterio en junio de 2022. El 23 de marzo de 2026, el papa León XIV firmó el decreto que declaraba Venerable al Siervo de Dios Henri Caffarel. Fin del primer capítulo. ¡La Iglesia ha cumplido su misión en esta tierra! ¡Que Dios lo apruebe!

Hoy, pues, comienza el segundo capítulo, el de la firma de Dios, el milagro. El milagro —una curación física, inmediata y definitiva, inexplicable para la ciencia, por intercesión del padre Caffarel— es el sello de Dios que confirma el deseo de la Iglesia de proclamarlo beato.

¿Qué meta queremos alcanzar? El objetivo de los Equipos de Nuestra Señora es avanzar, a través del sacramento del matrimonio, en el camino hacia la santidad: el amor humano, vivido en cada pareja, se impregna del amor de Dios. La gracia del matrimonio purifica, pacifica y enriquece gradualmente el amor humano, abriendo a cada pareja a los demás, a los hijos que Dios les da, a otras parejas y al mundo. La ayuda mutua en los Equipos nos anima a lograrlo.

Sacerdotes y matrimonios hemos recibido la vocación al amor. Tenemos en nuestras manos un tesoro: no podemos guardar egoístamente para nosotros el luminoso mensaje del padre Caffarel sobre el matrimonio y la oración. El objetivo de su beatificación es, por tanto, este: que el mayor número posible de hombres y mujeres descubran, a través de él, el amor de Dios y su presencia en el corazón del amor humano. El padre Henri Caffarel cumplió su misión en la tierra; ahora somos sus mensajeros.

Es urgente. Rezar, rezar, rezar, pedirle a Dios un milagro es pedirle que dé a conocer su amor a través de su siervo, el padre Caffarel. No dudamos de que el milagro llegará. Muchos ya están recibiendo gracias por su intercesión; con este impulso, ¡Dios responderá a sus hijos que no dejan de insistir!

Es urgente; nuestra misión es esencial: que quienes se aman descubran aún más la grandeza del sacramento del matrimonio y la alegría de amar, impulsados por el amor eterno de Dios.

Padre Paul-Dominique Marcovits, O.P.

Vice postulador Romano



Intercesión del Padre Caffarel

Testimonio de las gracias recibidas

Con este testimonio que desde España nos han enviado nuestros amigos Francisco y su esposa, continuamos esta nueva sección del boletín. No dudéis a hacernos llegar vuestros testimonios de las gracias recibidas por intercesión del padre Caffarel.

Me llamo Francisco Herrera Morillas. Mi esposa y yo pertenecemos a los Equipos de Nuestra Señora desde 2009, año en el que nos unimos al equipo Jerez 47. Desearía compartir con vosotros mi testimonio personal de la gracia recibida por intercesión del padre Henri Caffarel.

En diciembre del 2023, enfermé gravemente y me diagnosticaron un cáncer de colon con metástasis de nivel 4, lo que a corto plazo hacía presagiar un mal pronóstico. Desde el principio, los matrimonios de mi equipo y de otros equipos, así como el grupo de intercesores, me han encomendado a la intercesión del padre Henri Caffarel, rezando con gran constancia durante todo este tiempo por su canonización.

No siendo candidato a la cirugía, mi oncólogo me propuso la quimioterapia para observar la reacción del tumor. Desde el inicio constataron una respuesta muy favorable, sorprendente e inhabitual al tratamiento. En diciembre de 2024 mi médico me informó que el tumor metastásico había disminuido lo suficiente como para permitir una intervención quirúrgica. Después de dos operaciones (en febrero y junio pasados), una treintena de ciclos de quimioterapia y las pruebas médicas habituales, mi oncólogo me anunció que aparentemente estaba en total disminución y ya no necesitaba tratamiento.

Estoy convencido de que la intercesión del padre Henri Caffarel ha jugado un papel determinante en mi situación actual, lo que me anima a compartir mi testimonio, con la esperanza de que pueda ser útil.

Quedo a vuestro servicio y os saludo en la paz de Cristo Resucitado

Francisco Herrera Morillas



Catálogo de la Asociación:

Archivos del Padre Caffarel

Folleto de los Equipos de Nuestra Señora, 1976, pág. 47-67.

Francisco, ¿Quién eres tú? ¿Qué tienes que decirnos?

Conferencia pronunciada en Asís, por el P. Henri Caffarel en la peregrinación de los Equipos de Nuestra Señora en 1976

En enero de este año 2026 se abrió el año jubilar por los 800 años de la muerte de San Francisco de Asís el 4 de octubre de 1226.

Ante todo debo aclarar un posible malentendido. Uno de vosotros me ha escrito: «Nos sorprende su intención de hablarnos de Francisco de Asís: ¿no es eso, por su parte, una señal de decepción y de desafección respecto del matrimonio y de los Equipos de Nuestra Señora?». Quiero decir con toda claridad que no hay nada de eso. La elección de este tema responde a mi profunda convicción de que Cristo, por medio de Francisco, dio a los comienzos del siglo XIII un mensaje de capital importancia; de que ese mensaje no ha perdido nada de su actualidad —muy al contrario— en nuestro siglo XX agonizante; y de que las generaciones que suben deberían mostrarse particularmente sensibles a él.

Más aún, este mensaje interesa también a los matrimonios cristianos. Lo descubrimos ya en el primer matrimonio que Francisco recibió en su Tercera Orden. Lucchesio y Buona Donna, antes de encontrarse con Francisco, se entregaban a dudosas especulaciones comerciales. Convertidos por el «Poverello», consagran desde entonces sus riquezas y su vida al servicio de los indigentes. He aquí lo que la historia nos refiere acerca de sus últimos momentos: Dios permitió que quienes habían sido uno en la vida no fuesen separados en la muerte. Cuando en abril de 1250 Buona Donna cayó enferma, Lucchesio quedó tan afectado que el mal del que él mismo estaba enfermo se agravó súbitamente. Aún se sostuvo en pie para ayudar a su esposa a recibir los últimos sacramentos; después la tomó de la mano diciéndole: «Mi querida compañera, puesto que siempre nos hemos amado en esta tierra, ¿por qué no

habríamos de partir juntos hacia la patria eterna? Espérame, te lo ruego, un poco». Volvió a acostarse, mandó llamar al P Hildebrando, su amigo, que le administró el sacramento de los enfermos; y luego, viendo que Buona Donna había expirado, se persignó, pronunció por última vez los nombres de la Virgen María y de san Francisco, y entregó su alma a Dios.

Mi intención es, pues, presentaros el mensaje de san Francisco. Pero observad bien esto: mientras que el mensaje de la mayor parte de los demás santos se expresa en una doctrina o en una espiritualidad, el mensaje de Francisco es Francisco mismo. Por eso me limitaré a trazar su retrato, lo más fielmente posible: todo comentario sería superfluo.

[...]

El apasionado de Cristo

Así, etapa tras etapa, prueba tras prueba, el hijo del rico mercader de Asís ha sido conquistado por Cristo. Se ha convertido en ese apasionado de Cristo que ahora vamos a descubrir. No hablo de un simple sentimiento de amor, sino de una verdadera pasión, en el sentido de que la pasión moviliza todas las potencias de un ser. La vida de Francisco de Asís no se puede entender sino a la luz de este amor apasionado por el Hijo de Dios. Preciso: por el Hijo eterno de Dios hecho hombre. Por eso ama con indecible amor a Aquella que dio por hermano a los hombres al Dios de Majestad. Por eso la Navidad es su fiesta predilecta. Decía un día: «Si viera al Emperador, le pediría que invitara a todos sus súbditos a sembrar granos en los caminos la noche de Navidad, para regalar a nuestros hermanos los pájaros, y particularmente a nuestras queridas hermanas las alondras».

Su vida va a desplegarse según una rigurosa lógica, no la de la razón, sino la del corazón, la lógica de un loco amor. Veremos sucesivamente cómo ese amor lo empuja irresistiblemente a buscar un conocimiento cada vez más perfecto de su Maestro, a imitarlo sin trampas y, finalmente, a darlo a conocer.

Desde el día en que le habló el Cristo de San Damián, Francisco está poseído por una irreprimible necesidad de conocer a aquel a quien ama. Se le podrían atribuir de buen grado las palabras de san Pablo a los Filipenses: *«Todo lo tengo ya por pérdida frente a la eminencia del conocimiento de Cristo Jesús. Por él lo he perdido todo, y todo lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo... Prosigo mi carrera por ver si lo alcanzo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús»*.

¿Dónde va a buscar el conocimiento de Jesucristo? Allí donde Jesucristo se revela: el Evangelio, la eucaristía, la Iglesia, la oración.

Francisco y el Evangelio

Como se ha escrito de él: «Busca en el Evangelio la presencia real, viva, actual de Cristo; es una aparición continua que se alza ante él, que se le revela». Si lo hubiera conocido, debió de amar el dicho de san Agustín: «El Evangelio es la misma boca de Jesucristo». Impulsado por una necesidad irresistible de penetrar en la mente de aquel a quien ama, no puede pasar un solo día sin escuchar a Jesucristo en el Evangelio. Cuando no puede ir a misa, al menos lee el evangelio del día. Y aun en su última hora se hace leer el evangelio de san Juan. Pero advirtámoslo: a diferencia de tantos cristianos que buscan en el Evangelio lo que va en la dirección de sus gustos, Francisco no hace selección alguna entre las palabras de Dios: quiere ponerlas todas en práctica. «No escuchaba las palabras de Cristo como un sordo», escribe su primer biógrafo. «Había aprendido de memoria todo cuanto dijo Nuestro Señor».

Francisco y la eucaristía

Si Francisco, porque ama, tiende al conocimiento del ser amado, es para llegar a la unión. Así, es un hambriento de esa eucaristía gracias a la cual el amante y el amado se funden. En el Evangelio Cristo se revela; en la eucaristía se da. Pero hemos de renunciar a evocar la intensidad del amor de Francisco comulgando a su Dios: no se irrumpe por la fuerza en la intimidad de dos seres que se aman. Notemos, sin embargo, un rasgo significativo de la veneración que Francisco tenía por el Santísimo Sacramento: este hombre que escogía siempre los objetos más pobres hacía una excepción cuando se trataba del Santísimo: «Deseo que las sagradas especies sean conservadas en vasos preciosos». Este mismo amor a la eucaristía explica su inconfundible estima por el sacerdocio, cualquiera que fuese la dignidad o indignidad de quienes lo ejercían. Un día, un supuesto reformador de la Iglesia le preguntó cómo podía él, Francisco, asistir a misas celebradas por sacerdotes simoníacos e incontinentes. Él respondió: «Si las manos de ese sacerdote son tales como usted dice, nada sé; pero aun si lo fueran, no pueden alterar la virtud de los sacramentos. Por esas manos Dios derrama sobre su pueblo una multitud de gracias; yo las beso en honor de los bienes que dispensan y de Aquel de quien son instrumentos». Realmente,

la mirada de fe de Francisco le hace discernir lo invisible, el misterio más allá de las apariencias, la asombrosa dignidad del sacerdote. ¿Somos todavía capaces de comprenderlo en estos tiempos en que el sacerdocio padece un descrédito comparable al de las épocas más sombrías de la historia de la Iglesia?

Francisco y la Iglesia

Ese Evangelio y esa eucaristía de los que su amor tiene hambre, Francisco sabe bien que Cristo los ha confiado, para su guarda y dispensación, únicamente a la Iglesia romana. Por eso la amará durante toda su vida con el mismo amor apasionado que profesa a Cristo. Quizá en la Edad Media haya otros hombres tan conmovidos como él por los desórdenes que constatan dentro de la Iglesia, tan sensibles a las aspiraciones espirituales de las masas populares; pero mientras ellos, para remediar esos desórdenes y responder a esas aspiraciones, se separan de la Iglesia bajo el falaz pretexto de fidelidad a Cristo, Francisco no emprende nada sino en la Iglesia, humildemente sometido a aquellos que el Señor ha instituido para conducir a su pueblo. Sabe bien que debe abrazar a la Iglesia para abrazar a su Maestro bienamado.

No faltan ejemplos que manifiestan su amor a la Iglesia. Cuando estalla un conflicto, su primer reflejo es recurrir a su obispo. Así, cuando su padre se opone a su vocación, solicita el arbitraje del obispo Guido, «porque –dice– él es el padre y señor de las almas». El juicio se celebra en la plaza pública de Asís. El obispo le dice: «Devuelve, pues, a tu padre esos bienes que de él has recibido». Pues bien, Francisco va a desnudarse dentro del palacio episcopal y vuelve, desnudo, a devolver a su padre el dinero y los vestidos. El obispo, conmovido –¡no pedía tanto!– envuelve a Francisco en los pliegues de su manto, con un gesto a la vez pudoroso y afectuoso.

Es también al obispo a quien se dirige cuando los asisienses le reprochan injustamente, a él y a sus primeros discípulos, por recurrir a la mendicidad en lugar de trabajar con sus manos.

Algunos años después, siempre con el mismo espíritu de sumisión a la Iglesia, Francisco pedirá al papa que designe entre sus colaboradores más cercanos un protector para su orden. Sabe bien el riesgo que corre: ¿será comprensivo ese protector? Francisco se fía de su Dios. Su docilidad a la Iglesia alcanzará la cumbre más tarde, el día en que, después de haber defendido palmo a palmo, durante dos años que fueron dos años de agonía, la regla que había compuesto

y de la que estaba convencido de que le había sido inspirada por el mismo Cristo, consentirá finalmente en que sea corregida según el parecer del Santo Padre.

Uno se estremece al pensar que, ante las incomprensiones que encontró en el alto clero, Francisco hubiera podido seguir el ejemplo de un Pedro Valdo o de tantos otros, y constituir una iglesia dentro de la Iglesia –que bien pronto se habría convertido en una iglesia fuera de la Iglesia–. Pero esa tentación no existe en Francisco: para él la Iglesia y Cristo son una misma cosa; y, sin embargo, bien sabe Dios que no era siempre fácil, en esos comienzos del siglo XIII, reconocer el rostro de Jesucristo en el rostro de la Iglesia.

Acabo de mostraros a Francisco hambriento de Jesucristo, buscándolo en el Evangelio, la eucaristía y la Iglesia. Pero, como todo enamorado, necesita el cara a cara solitario con el ser amado. Por eso pertenece a la estirpe de todos esos hombres ávidos de volver al desierto para orar largamente, heroicamente, de día y de noche.

Francisco y la oración

Durante toda su vida, incluso cuando está exhausto, consagra interminables horas a la oración. Hasta el punto de que se ha podido decir de él: no era tanto un hombre que ora, como oración hecha hombre. Sus discípulos despliegan verdaderas estratagemas para seguirlo a escondidas a las soledades, contemplar su rostro bañado en lágrimas y en alegría, presentir el misterio de su oración. En esa oración, el lugar que ocupa la alabanza es grande. En verdad, toda su vida fue un himno de alabanza al amor de Aquel a quien llama «Altísimo, omnipotente y buen Señor», aclamación con la que comienza su famoso *Cántico del hermano Sol*, del que no puedo resistirme a leeros algunas estrofas:

*Tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan solo tú eres digno de toda bendición
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.*

*Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol
que alumbra y abre el día
y es bello en su esplendor
y lleva por los cielos noticia de su autor...*

*Por nuestra hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!
Por el hermano fuego que alumbra al irse el sol
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado, mi Señor!*

*¡Servid a mi Señor con ternura y humilde corazón!
¡Agradeced sus dones, cantad su creación!
¡Las criaturas todas, load a mi Señor!*

Debo ahora abrir un nuevo capítulo en la vida de Francisco. Después de haber visto cómo su amor lo impulsaba irresistiblemente a buscar el conocimiento de Cristo, os propongo contemplarlo, empujado por ese mismo amor, a imitar a Jesucristo. Pero ¿es realmente un capítulo nuevo? Porque para Francisco imitar a Jesucristo es aún y siempre buscar conocerlo mejor. Necesita imitar para comprender; para comprender mejor a Jesucristo con una comprensión que sea comunión vital. Francisco nos grita: ¡Vosotros os imagináis comprender a Cristo porque tenéis ideas sobre él; pero mientras no viváis lo que él vivió, como él lo vivió, permanecéis ignorantes de él!

Entonces Francisco se lanza a corazón perdido a la imitación de Jesucristo, impaciente por reproducir sus rasgos en su alma y en su cuerpo, por conformar su vida a la de su Señor. Veremos aparecer sucesivamente en su vida al Cristo pobre, al Cristo fraterno con toda criatura, al Cristo artesano de paz, al Cristo crucificado.

Pobre

¿Por qué amó Francisco tanto la pobreza? Sin duda lo habría puesto en un aprieto una pregunta así. Su corazón no buscaba ante todo razones. ¿Sería porque Cristo la prescribió? Más bien creo que la amó porque Cristo la amó, sin más. Pero no nos está vedado buscar por qué Cristo y Francisco la quisieron tanto. Sin duda porque la pobreza es dependencia; y para un ser que ama, depender del ser amado, esperarlo todo de él, debérselo todo, es una exigencia del amor.

Pero no nos detengamos en explicaciones y miremos a Francisco trovador. La Pobreza es su Dama. Va cantando por los grandes caminos y por las plazas de las ciudades a «aquella que fue –dice– la inseparable compañera del Altísimo Hijo de Dios y que desde hace doce siglos vaga, abandonada». Sabe hablar tan bien de ella, que logra en pocos años atraer a millares de compañeros para honrarla, servirla y hacerla estimar. Todos los acomodados a los que tantos

religiosos de su tiempo consienten, él los rechaza con indignación. Jamás transige. ¿Queréis uno de los innumerables ejemplos de esa intransigencia? Uno de sus discípulos pide autorización para poseer un salterio. «Cuando tengas un salterio –responde Francisco–, querrás un breviario; y cuando tengas un breviario, sin dignarte ya a moverte, dirás con tono superior a tu hermano: ve a buscarme, por favor, el breviario». Entonces, tomando un puñado de ceniza, se la frota por la cabeza: «Toma, esto es lo que te conviene; este es el breviario que te hace falta».

Si sus hermanos son pobres, han de trabajar para vivir. Y si no encuentran trabajo, entonces –y solo entonces– mendigarán, como él mismo mendigó en las calles de Asís. Escuchemos esta áspera página en la que revela el fondo de su pensamiento: «Los hermanos –escribe en la Regla de 1221– deben alegrarse de hallarse entre la gente humilde y despreciada, entre pobres e inválidos, enfermos y leprosos, mendigos de los caminos. Y cuando sea necesario, vayan a pedir limosna; no se avergüencen de ello, sino que recuerden más bien que Nuestro Señor, Hijo del Dios vivo y omnipotente [...], fue pobre y peregrino [...]; y si los hombres los humillan y les niegan la limosna, den gracias a Dios, porque por tales humillaciones recibirán grandes honores ante el tribunal de Nuestro Señor». A los ojos de Francisco, el pan mendigado es como pan bendito. Entrando un día en el palacio del cardenal Hugolino a la hora del almuerzo, saca de la manga los trozos de pan negro que acaba de mendigar y los ofrece a los comensales. Se adivina el embarazo del prelado: era una comida protocolaria a la que asistían extranjeros recibidos por primera vez en su casa...

La pobreza no es para Francisco solamente renuncia de los valores materiales; lo es también de los valores intelectuales, de la ciencia especulativa. Ciertamente no desprecia la ciencia sagrada, pero para los suyos ambiciona un camino de salvación más conforme con su vocación. Estima, en efecto, que todo saber viene muy por detrás de la ciencia de la cruz. Implacable, hará destruir el convento de estudios que, en su ausencia, los hermanos han levantado en Bolonia. Más tarde tendrá que consentir en que sus discípulos reciban formación intelectual. Pero la advertencia queda firmemente dada: los valores intelectuales, como los materiales, pueden perder las almas cuando son buscados por sí mismos.

El mismo desprendimiento exige a sus hermanos respecto de ese bien tan precioso: las relaciones, las recomendaciones. Y también renuncia a distinciones, dignidades y toda alta función en la Iglesia. Han de honrar el calificativo de menores que los designa. Francisco, en su intransigente amor

por la pobreza, llega hasta exigirles que se alegren cuando les falte la estima de los demás.

Fraternal

Porque Francisco es pobre, porque ha renunciado a todo, todos los bienes de Dios son suyos. Así se nos aparece un segundo rasgo de su semejanza con Jesucristo. «Nadie en Occidente –se ha escrito– sintió ni expresó como él ese sentimiento de fraternidad universal de las cosas creadas». Encuentra en las criaturas huellas de la ternura y de la belleza divinas. Se acerca a ellas y las trata con extrema cortesía, esa palabra y esa actitud que tanto aprecia. «La cortesía –dice– es uno de los más hermosos atributos de Dios». Devuelve la palabra a las voces fraternas de la creación, mudas desde hacía tanto tiempo: he aquí uno de los rasgos mayores de su espiritualidad. Como todo cristiano, Francisco vive en la comunión de los santos; pero también –y esto es menos frecuente– en la gran comunión cósmica. No nos equivoquemos, sin embargo: esta comunión no es sensual como la de un Giono; difiere incluso radicalmente de la del verdadero budista, tan notable por otra parte: es cristiana. Unido a Cristo, Francisco está, en Cristo y por Cristo, como en relación de interioridad con todas las criaturas. Los animales lo reconocen, lo festejan reuniéndose a su paso. Entonces él les predica: «Mis pequeños hermanos los pájaros, numerosos son los lazos que nos unen a Dios. Y a vosotros os corresponde alabarlo siempre y en todas partes, por la libertad que tenéis de volar adonde os place...». ¿Por qué habrían de ser malos con él los animales? Nada tienen que temer de él. El lobo feroz que siembra el terror entre los habitantes de Gubbio se lanza un día sobre él, con las fauces abiertas. Francisco lo detiene con una señal de la cruz: «Hermano lobo, he sabido con dolor los espantosos crímenes que has cometido en esta comarca... Quiero, sin embargo, reconciliarte con los habitantes de Gubbio, de modo que ellos ya no tengan nada que temer de ti y que tú tampoco tengas nada que temer ni de sus perros ni de ellos mismos».

Sucede, aunque es raro, que las fieras humanas no se dejan amansar con la misma facilidad por su amor. Un día, cuando Francisco hace resonar los bosques con sus cantos, acuden unos bandidos. «¿Quién eres?», le preguntan. «Soy el heraldo del Gran Rey», responde Francisco con aplomo. Los bandidos lo apalean y lo arrojan a la nieve en el fondo de un barranco... Solo logra salir de allí con gran esfuerzo, y cuando aquellos bárbaros se han alejado, reemprende su camino cantando más fuerte que antes.

Francisco no admite que sus hermanos maltraten a los bandidos de los caminos. Al fogoso guardián de un convento que ha expulsado a los ladrones, le dice: «Te has comportado como un impío; vas a correr montes y valles hasta que los encuentres, y tan pronto como los veas les gritarás: Venid, hermanos bandidos, venid a comer las buenas cosas que el hermano Francisco os ruega aceptar». Y en efecto, vinieron; y –cosa aún más admirable– se convirtieron y entraron en la familia franciscana. Entre todas las criaturas, sus preferidos son los leprosos, a cuyo amor no accedió sino por un acto heroico. Siempre que dispone de algún tiempo, va a vivir entre ellos. Pero quizá me equivoco al decir que los leprosos son sus preferidos: por encima de todos los seres, ama a los hermanos de su orden. Ellos lo consideran como una madre infinitamente tierna: *mater carissima*, dice Celano, su primer historiador. ¿Y cómo no mencionar la maravillosa amistad que siente por aquella hija de una noble familia de Asís que, bajo su guía, llegará a ser santa Clara, y su afecto por las que se agruparon en torno a ella? No por eso deja de pronunciar palabras terribles a propósito de las mujeres. Se explican por su amor a sus hermanos, cuya vocación quiere proteger celosamente. Les ordena «evitar absolutamente el dulce veneno que es la conversación con las mujeres...» y añade: «Guardarse del mal al tiempo que se frecuenta a las mujeres es tan difícil como caminar sobre el fuego sin quemarse los pies». No impide ello que, a la hora de su muerte, haga saber a su gran amiga, curiosamente llamada por él «hermano Jacoba», que va a morir, que la espera y que le ruega traer uno de esos deliciosos dulces de almendra que ella sabía preparar tan bien.

Artesano de paz

Porque era fraterno con las criaturas, Francisco pudo ejercer, a ejemplo de Cristo, ese ministerio propio de las almas fraternas que es la reconciliación, ministerio que consiste precisamente en llevar a todos los seres a considerarse como hermanos y a amarse como tales. Extraordinariamente pintoresca y simbólica es la reconciliación que obra, como hemos visto, entre el lobo y los habitantes de Gubbio. Pero su ministerio de reconciliación obtiene victorias aún más difíciles: la reconciliación del obispo y del podestà de Asís, así como la de sus respectivos partidarios, que se enfrentan con violencia. Finalmente no saben resistirse a Francisco y hacen públicamente la paz. En otra circunstancia, y siempre gracias a Francisco, nobles y burgueses de la ciudad renunciarán a sus oposiciones mortíferas y adoptarán una «carta comunal». Pero no nos engañemos: este ministerio de reconciliación es algo muy distinto

del anhelo de un corazón tierno incapaz de soportar la vista de una querella; para Francisco, lo que está en juego cuando los hijos se despedazan entre sí es el honor mismo del Padre celestial.

Amor a la cruz

Tal vez sea en su amor a la cruz donde Francisco se nos muestra tan semejante a su Maestro. Aunque Cristo no hubiera declarado explícitamente: «*Quien quiera ser mi discípulo, tome su cruz cada día*», Francisco lo habría comprendido: sin la cruz se habría encontrado separado de Cristo, porque la cruz es inseparable de Cristo. La ama porque Cristo la amó. Y Cristo la amó porque era el medio de proclamar su amor, un amor más fuerte que el sufrimiento y la muerte. La cruz es la inmolación de ese instinto vivaz, tenaz, tan difícil de extirpar: la búsqueda de sí mismo. Francisco sabe bien que, mientras ese instinto no sea aniquilado, el hombre permanece más o menos separado de aquel a quien pretende amar. Por eso abraza la cruz con un fervor como jamás hombre alguno abrazó a mujer alguna. Siempre es el amor lo que en él lo explica todo.

Importa, sin embargo, observar que este amor a la cruz no es en Francisco búsqueda de rendimiento: ¿no sería eso todavía una búsqueda de sí incluso en la inmolación de sí? Algo de ello había, sin duda, en las mortificaciones que se imponían algunos de sus discípulos. Por eso, en el curso de una gran reunión, Francisco ordena que todos los que llevan cilicio y cinturón de hierro se deshagan de ellos en el acto: ¡se forma un montón impresionante! Quizá entre mis oyentes haya alguna que sienta ganas de preguntar a Francisco: «¿Y si mi cilicio es mi marido?». ¡Eso ya es otra cuestión!

No más que Cristo, Francisco no busca el sufrimiento por el sufrimiento; pero cuando se impone, lo ama. No vive en la indigencia total, no mendiga bajo las burlas de los muchachos de Asís, no cuida a los leprosos para sufrir. Lo hace, como hemos visto, para parecerse a su Maestro. No deja por ello de llevar en sí una secreta esperanza: morir mártir como Jesucristo, por Jesucristo, porque sabe –más exactamente, lo siente en el corazón, como su Maestro– que no hay amor más grande que dar la vida por aquellos a quienes se ama. Por eso decide partir a Egipto; y si allí no encuentra la muerte, no es precisamente por culpa suya. El sultán le tiende una trampa de la que Francisco escapa con habilidad y humor. Hace extender una alfombra sembrada de cruces antes de su llegada, pensando para sí: «Si camina sobre ellas, lo acusaré de ultrajar a su Dios; si

rehúsa avanzar hacia mí, lo acusaré de ultrajarme a mí». Francisco avanza sin vacilar: «Deberías saber –dice al sultán– que en el Calvario hubo varias cruces: la de Cristo —y esa es la nuestra— y las de los dos ladrones, y esas no me causa escrúpulo pisotearlas».

Reconozcamos al final de este apartado que, contrariamente a lo que una imaginería banal tiende a acreditar, el sufrimiento fue la compañera inseparable de Francisco: la enfermedad que lo persiguió durante toda su existencia y ocasionó su muerte prematura –sin duda la tuberculosis–; las violentas tentaciones que lo asaltaron en ciertos períodos cruciales de su vida; el cautiverio; la ceguera que lo golpeó en sus últimos años; y, más crueles todavía que todas esas pruebas, las contestaciones agresivas que no le ahorraron algunos hermanos de su orden.

El más alegre

Apresurémonos a añadir que el más dolorido de los santos fue también el más extraordinariamente alegre, y no a pesar del sufrimiento, sino gracias a él. Desconoce la desolación y la angustia. No hay lugar para ellas en su corazón. Habitualmente nacen del miedo. Y ¿de qué habría de tener miedo? ¿Miedo de Dios? Pero se sabe amado por Él. ¿Miedo de los hombres? Nada pueden quitarle, puesto que no posee nada. ¿Su reputación? No le importa. ¿Su vida? Tiene prisa por entregarla. ¿Miedo al sufrimiento? Pero lo ama. ¿Miedo a la humillación? Nadie puede humillarlo tanto como él mismo se humilla. Libre del miedo, Francisco es un ser liberado. Su carne y su corazón pueden ser desgarrados por el sufrimiento; el fondo de su alma permanece en fiesta: la fiesta de un amor feliz de tener ocasión de probarse. Y el heraldo del Gran Rey hace resonar con sus cantos los bosques y la campiña.

La vida de san Francisco, ¡qué maravillosa respuesta para quienes, en un reciente programa de la televisión francesa, pretendían que un cristiano es inevitablemente un neurótico! «*Que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea perfecta*»: ese deseo de Jesucristo se realizó en Francisco. «La alegría espiritual –afirmaba– es tan necesaria al alma como la sangre al cuerpo». El superior general de la orden, preocupado por la reputación de Francisco, le hacía notar, cuando este iba a morir: «Padre amadísimo, por mi parte me alegro de que estés tan gozoso; pero temo que en esta ciudad que te mira como a un santo se escandalicen al ver que no te preparas de otra manera para la muerte». «Déjame, hermano –respondió Francisco–, porque a pesar de lo que padezco

me siento tan cerca de Dios que no puedo dejar de cantar». Francisco vivió en la alegría, y por su muerte en la alegría accedió a la alegría infinita.

Impaciencia misionera

Lamento no tener tiempo para desarrollar un capítulo capital de la vida de san Francisco de Asís: su impaciencia misionera. El amor de Cristo lo apremia a hacer admirar, amar y seguir a aquel a quien ama, a aquel que lo ha seducido. Y, de hecho, a quienes encuentra presenta inmediatamente la persona viva de Cristo. ¡Piénsese que en 1217, apenas once años después de su conversión, cinco mil hermanos ya comprometidos en la orden se reunían para lo que se ha llamado «el Capítulo de las Esteras»! Pero no le basta con congrega a un gran número de hombres en la familia espiritual que ha fundado; quiere que hombres y mujeres comprometidos en el matrimonio y en la vida del mundo se sumen al ideal del que ha recibido la misión de proclamar: entonces funda la Tercera Orden, en la que se encontrarán tanto campesinos iletrados como reyes (san Luis de Francia, san Fernando de Castilla), princesas (santa Isabel), papas, hombres tan célebres como Dante, Petrarca, Miguel Ángel, Cristóbal Colón, y tantos otros. Es este mismo amor de Cristo en él, impaciente de comunicarse, el que le hace lanzar a los primeros franciscanos a través del mundo: los envía a Francia, España, Hungría, Inglaterra, a todo el Sacro Imperio, y muy pronto a los países llamados «infieles» (Marruecos, Egipto, Siria...), donde algunos conocerán el martirio –lo que despertará la santa envidia del corazón de su padre Francisco.

Al final de su vida, su impaciencia misionera se acentúa todavía más. Tras componer el Cántico del Hermano Sol, desea que fray Pacífico vaya a cantarlo a todos los hombres del mundo. No tiene ninguna duda: dicta una carta a los «jefes de pueblos, cónsules, jueces y gobernadores de todos los países», rogándoles «que nombren un pregonero público que, cada tarde, tenga el encargo de invitar al pueblo a alabar y agradecer al Señor»; sin duda le había impresionado la llamada del muecín en tierra del Islam.

Debo limitarme: ¡tantas otras cosas habría que decir sobre este amor en perpetua expansión!

Algunos de nuestros contemporáneos, de mal talante, acusan a Francisco de olvidar las realidades de la tierra, reprochando a una espiritualidad semejante favorecer la evasión. Esta crítica la afrontan hoy todos aquellos para quienes la preocupación evangelizadora ocupa el primer lugar. Sin embargo, ¿no dijo

Cristo: «*Buscad primero el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura*»? Pues bien, justamente, esa añadidura, la sociedad del siglo XIII la recibió gracias a Francisco de Asís. He aquí cómo. La regla de la Tercera Orden comportaba, entre otras cosas, la prohibición de tomar las armas y de pronunciar cualquier especie de juramento solemne sin el consentimiento del papa. Ahora bien, todo el edificio político de la Edad Media descansaba sobre el juramento. Se prestaba juramento al señor feudal o al municipio y, desde ese momento, uno quedaba obligado a tomar las armas y a abrazar sus disputas, por injustas y arbitrarias que fueran. Ser dueño del juramento significaba, por tanto, para el papado, disponer de un poder considerable, que le permitía quebrar la resistencia de los municipios, resistir al poder civil y tener en jaque al mismo Emperador. Se adivina sin dificultad que las consecuencias sociales de esta prohibición del juramento fueron incalculables, desde el momento en que los terciarios se difundieron por el país y por el extranjero. Una revolución política y social, sí, en toda la fuerza del término. ¡Y cuyo autor fue el más seráfico de los santos!

Estigmatizado

Evocaremos, por último, la etapa suprema de la vida de Francisco: el milagro de los estigmas. Francisco acaba de vivir una agonía infinitamente cruel durante dos años, esos dos años en que se elabora la regla de los Hermanos Menores. Pero, una vez que Roma aprueba ese documento capital, la agonía de Francisco cesa. Siente entonces una necesidad imperiosa de soledad y se refugia, con algunos de sus primeros compañeros, en La Verna, en un marco grandioso de montañas y valles salvajes. Ora, ora con ímpetu, día y noche. Y he aquí que un día, poco antes del amanecer, suplica a Cristo con lágrimas ardientes: «Señor, te pido dos gracias antes de morir: la de experimentar en mí, en la medida de lo posible, los dolores de tu cruel pasión, y la de sentir por ti el mismo amor que te impulsó a inmolarte por nosotros». De pronto, se le aparece un serafín que lleva la imagen del Crucificado. Fija sobre Francisco su mirada y, cuando se aparta, quedan milagrosamente impresos en la carne de Francisco los estigmas de la crucifixión. No desaparecerán jamás, y durante los dos últimos años de su vida serán muchos los que los vean y den testimonio de ello jurando sobre el Evangelio.

¿Cómo hay que comprender este acontecimiento que hace de Francisco un icono viviente del Crucificado? Lo extraordinario no es lo más importante, y es

muy de lamentar que hagiógrafos y pueblo cristiano pongan más el acento en el milagro que en la realidad profunda. El don de los estigmas es una consumación: dieciocho años antes, Cristo crucificado se aparece al joven Francisco; arrebatado, comprende que fue el amor, y no los verdugos, quien crucificó a Jesucristo; y se pone a amar locamente al Amor. Pero no se juega impunemente con el Fuego: el amor lo abrasará, lo crucificará también a él día tras día. Y en aquel 14 de septiembre de 1224, en la austera soledad de La Verna, después de la partida del serafín, Francisco podría, si no fuese tan humilde, hacer suya la frase de san Pablo a los Gálatas (2, 19): *«Estoy crucificado con Cristo. Y si vivo, ya no soy yo, sino que Cristo vive en mí»*. Esto es ser discípulo de Cristo; esta es la santidad cristiana. Y Jesucristo quiere gritarlo a aquel siglo XIII naciente, en el momento en que los bienes materiales y los valores intelectuales corren el riesgo de fascinar a las multitudes, y ante todo a las élites de la cristiandad. Quiere gritarlo en un lenguaje fuerte, indiscutible, capaz de convencer a los corazones aún más que a los espíritus. Por eso hace que la crucifixión interior de Francisco aparezca en su carne, irrefutable. No se entienda, pues, mal: los estigmas no son condecoraciones destinadas a atraer sobre un hombre el homenaje de las multitudes. Son, en Francisco hecho pura transparencia, el Cristo crucificado manifestándose al mundo. Y me gusta pensar en el reconocimiento conmovido de Jesucristo hacia su amigo Francisco, que le cedió en sí mismo todo el lugar.

Y nosotros, hombres de este siglo XX agonizante, en la hora en que se hunde una civilización, debemos, como los asisienses de 1224, contemplar largamente a Francisco, icono viviente de Jesucristo, y llevarnos en el corazón su mensaje: el cristiano debe ser otro Cristo; si no lo es, no es nada.

Pero atención...

Pero atención: nos acecha una sutil tentación. Tal vez incluso ya se haya deslizado en nuestros corazones, insinuando que Francisco es más admirable que imitable; que su ideal y la imitación de su vida son irrealizables. ¿No debían los Hermanos Menores, según él, abstenerse de poseer cualquier bien, habitar chozas de ramaje y barro? Ahora bien, eso no era realista; hubo que renunciar a ello, y ya desde la segunda generación de discípulos, en vida del propio Francisco. ¿No debían los Hermanos Menores descuidar los valores intelectuales? Y, sin embargo, Francisco tuvo que dar marcha atrás: era indispensable que sus hermanos dispusieran de conventos de estudio. Así, no deja de tranquilizarnos tomar nota de lo que se llama los «excesos» de

Francisco. Después de haber experimentado una profunda conmoción al recibir de lleno el mensaje de Francisco, hasta quedar sin aliento, se vuelve a respirar. Y uno partirá de Asís satisfecho de sí mismo por haberse abandonado un instante al estremecimiento evangélico, pero muy decidido a no abdicar ante el «sentido común». ¡Por favor!, no pactemos con esa tentación. No es más honrado tomar y dejar a nuestro gusto el mensaje del estigmatizado que tomar y dejar a nuestro gusto el mensaje del Crucificado. Precisamente aquello que no es realizable –vivir en chozas, renunciar al estudio– nos entrega una lección incontestable: riquezas materiales, estima de los hombres, honores, poder, especulaciones de la razón, son otros tantos obstáculos infranqueables para la unión con Cristo, si se cede aunque sea mínimamente a la tentación de complacerse en ellos y apegarse a ellos: «*Donde está tu tesoro, allí está tu corazón*». Para el discípulo de Cristo –sea religioso o casado– es imprescindible el desprendimiento interior total. El amor es intransigente: nadie puede servir a dos señores, nadie puede amar a dos seres. Pero quien está unido al único Señor puede y debe, en su Nombre, servir y amar a todos los seres.

Henri Caffarel



Oración por la canonización del venerable Siervo de Dios Henri Caffarel

Dios, Padre nuestro,
pusiste en el corazón de tu siervo Henri Caffarel,
un impulso de amor que le unía sin reserva a tu Hijo
y le inspiraba para hablar de Él.

Profeta de nuestro tiempo,
enseñó la dignidad y la bondad de la vocación de cada uno
según la llamada que Jesús nos dirige a todos: "Ven y sígueme".

Él despertó el entusiasmo de los cónyuges
ante la grandeza del sacramento del matrimonio,
imagen del misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y la Iglesia.

Enseñó que sacerdotes y matrimonios
están llamados a vivir la vocación del amor.

Guió a las viudas: ¡El amor es más fuerte que la muerte!

Impulsado por el Espíritu
dirigió a muchos creyentes por el camino de la oración.
Poseído por un fuego devorador, estuvo lleno de Ti, Señor.

Dios, Padre nuestro,
por la intercesión de nuestra Señora
te pedimos que aceleres el día
en que la Iglesia proclame la santidad de su vida,
para que todos descubran la alegría de seguir a tu Hijo,
cada cual según la vocación del Espíritu.

Dios Padre nuestro, invocamos al padre Caffarel para ...

(precisar la gracia a pedir)

Oración aprobada por Monseñor André VINGT-TROIS – Arzobispo de París.

"Nihil obstat": 4 enero 2006 – "Imprimatur" : 5 enero 2006

En el caso de obtener alguna gracia por la intercesión del Padre Caffarel, comunicarlo al postulador:

Association "Les Amis du Père Caffarel", 49 rue de la Glacière – F 75013 PARIS

Asociación de Amigos del Padre Caffarel
Miembros honorarios

Jean y Annick ALLEMAND, antiguos permanentes, biógrafo del Padre Caffarel †

Louis † y Marie d'AMONVILLE, antiguos responsables del Equipo Responsable, antiguos permanentes.

Igar † y Cidinha FEHR, antiguos responsables del E R I (1)

Mons. François FLEISCHMANN, antiguo consiliario espiritual del ERI (1) †

Alvaro y Mercedes GOMEZ-FERRER, antiguos responsables del ERI (1)

Pierre y Marie-Claire HARMEL, equipistas, antiguo ministerio belga †

Cardenal Jean-Marie LUSTIGER, antiguo arzobispo de París †

Odile MACCHI, responsable general de la «Fraternidad de Nuestra Señora de la Resurrección»

Marie-Claire MOISSENET, presidente honoraria del Movimiento «Esperanza y Vida»

Pedro y Nancy MONCAU, fundadores de los Equipos de Nuestra Señora en Brasil †

Françoise y Luc DJOKA, responsables de los «Intercesores»

Mgr Éric de MOULINS-BEAUFORT, arzobispo de Reims

José et Maria Berta MOURA SOARES, antiguos responsables del ERI (1)

Padre Bernard OLIVIER o.p., antiguo consiliario espiritual del ERI (1) †

El Priorado de Nuestra Señora de Caná (Troussures)

René RÉMOND, de la Academia francesa †

Gérard y Marie-Christine de ROBERTY, antiguos responsables del ERI (1)

Sylvie SIMON, presidente del Movimiento «Esperanza y Vida»

Mons. Guy THOMAZEAU, arzobispo emérito de Montpellier

Mons. André VINGT-TROIS, arzobispo emérito de París †

Carlo † y María-Carla VOLPINI, antiguos responsables del ERI (1)

Danielle WAGUET, colaboradora y ejecutora testamentaria del Padre Caffarel

(1) ERI: Equipo Responsable Internacional de los Equipos de Nuestra Señora

Postulador de la causa de canonización (Roma):

Padre Zdzislaw Kijas, o.f.m.conv

Vice-postulador romano de la causa de canonización:

Padre Paul-Dominique Marcovits, o.p.

Director de publicaciones:

Alberto Pérez

Equipo de Redacción:

Armelle y Loïc Toussaint de Quiévrecourt

LOS AMIGOS DEL PADRE CAFFAREL

Asociación ley 1901 para la promoción de la Causa de

Canonización del Padre Henri Caffarel

49, rue de la Glacière - (7e étage) - F 75013 Paris

Tél. : + 33 1 43 31 96 21

Courriel : association-amis@henri-caffarel.org

Site Internet : www.henri-caffarel.org

**¿HABÉIS PENSADO EN RENOVAR VUESTRA ADHESIONA LA ASOCIACION
DE AMIGOS DEL PADRE CAFFAREL**

Asóciase y pague en línea directa via Paypal: www.henri-caffarel.org

DESPRENDER Y LLENAR esta HOJA

NOMBRE :.....

APELLIDO(S) :.....

DIRECCION :.....

Código Postal :.....Ciudad.....

Pais :

Téléfono:.....

Correo :.....@.....

Profesional Activo – religioso.....

- Renuevo/renovamos mi/nuestra adhesión a la Asociación
“Amigos del Padre CAFFAREL” para el año 2026,
- Y adjunto/adjuntamos la cotización anual:
 - 1. Miembro adherente: 10 €
 - 2. Pareja adherente: 15 €
 - 3. Miembro benefactor: 25 € y más

Assinatura

**Para el pago, contactar al corresponsal de los «Amigos del Padre Caffarel» de
vuestra Súper Región o Región o al Súper Regional o Regional:**

SR COLOMBIA: Germán GUTIÉRREZ et Carolina OCHOA

ensequipocaffarel.srcolombia@gmail.com

SR ESPAÑA: Paco LOPEZ y Rocío ORTA

amigos.caffarel@equiposens.org

Formulario de adhesión: <https://amigoscaffarel.equiposens.org/>

SR HISPANO-AMÉRICA SUR: Agustín FRAGUEIRO et María FERRER

caffarel@enshispanoamericasur.org

SR HISPANO-AMÉRICA NORTE: Edith et Juan HERNÁNDEZ

jhernanmej@yahoo.com.mx

Favor de enviar esta información y solicitud de adhesión a las siguientes personas:

Nombre :.....

Apellido:.....

Dirección :.....

Código Postal.....Ciudad :.....

País:.....

Correo electr. :.....@.....

Nombre :.....

Apellido:.....

Dirección :.....

Código Postal.....Ciudad :.....

País:.....

Correo electr. :.....@.....

Nombre :.....

Apellido:.....

Dirección :.....

Código Postal.....Ciudad :.....